NUESTROS ÚLTIMOS PASOS

Javiera Descouvieres

AUREA
EDICIONES

© Nuestros Últimos Pasos

Sello: Soyuz
Primera edición: Agosto 2022

© Javiera Descouvieres
Edición general: Martín Muñoz Kaiser
Ilustración de portada: José Canales
Corrección de textos: Virginia Berner
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser



© Áurea Ediciones
www.facebook.com/aureaedicioneschile
@aureaediciones1
www.aureaediciones.cl
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile

ISBN: 978-956-6183-13-6
Registro de Propiedad Intelectual N°:978-956-6183-13-6
Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del autor o el editor.
Todos los derechos reservados.

1. Un robot no puede dañar a un ser humano o, por inacción, permitir que un ser humano sufra daños.

2. Un robot debe obedecer las órdenes que le den los seres humanos, excepto cuando tales órdenes entren en conflicto con la Primera Ley.

3. Un robot debe proteger su propia existencia, siempre que dicha protección no entre en conflicto con la Primera o Segunda Ley.

Leyes de la Robótica
Isaac Asimov

Índice

1. EL SACRIFICIO	**8**
2. ESTORBOS OBSOLETOS	**14**
3. BIENVENIDA A INTERNET	**18**
4. FLOR DE LITIO	**20**
5. NUESTROS ÚLTIMOS PASOS	**22**
6. EL INTERCAMBIO	**32**
7. NO PUEDO AYUDARME A MÍ MISMO	**40**
8. BETA	**48**
9. DESTROZADO Y REENSAMBLADO	**54**
10. ÓXIDO	**60**
11. HIMNO NACIONAL	**62**
12. CORDYCEPS	**68**
13. CUIDADO PRESIDENCIAL	**74**
14. ESTAMOS SOLOS EN ESTO	**80**

1. EL SACRIFICIO

Alejandra dobló las piernas mientras aún rogaba. Pataleó, gritó y lloró. Aun así, sus cuerdas vocales a punto de sangrar no fueron escuchadas. Se aferró finalmente al piso húmedo del apartamento, el cual le había regalado noches incómodas, camuflándose y huyendo ante las nuevas reglas que se habían dispuesto. En posición fetal, sentía cómo cada lágrima viajaba desde sus ojos hasta retumbar en las gélidas tablas del inmueble, haciendo también sonar las campanas de sus pensamientos. Entre sollozos, aceptando que este era el final del camino, alzó la vista y logró ver la silueta plateada que le seguía, notando con sus ojos vítreos las cuencas virtuales del ser, aún sin injertos oculares.

¿En qué momento pasó *esto de ser una manera de aligerar la vida a la culminación de nuestra existencia y humanidad?*

Alejandra suspiró quizá por última vez. La sombra del androide, cada vez más cerca de ella, sacó de su compartimento metálico un destornillador y un chip, dejando en la mente el sonido resonante del androide escarbando dentro de su inventario, lleno de cachivaches. El sonido metálico hacía eco en los oídos de Alejandra.

—Eres libre ahora.

Alejandra gritó con todas sus fuerzas, mientras el destornillador entraba a la fuerza en su cuello a manos del helado ser, haciendo que la voz de la mujer sonara más y más ahogada, disparando un reguero de sangre, manchando el piso que alguna vez fue su cama. Después de unos segundos de desvanecimiento, tragó saliva con

nerviosismo, para percatarse de que un objeto extraño obstruía su tráquea. Confusa, buscando el objeto intruso, comenzó a rascarse el cuello hasta dejarlo rojo.

—Eres libre ahora —repitió el androide, para luego intentar esbozar una sonrisa que había intentado emular días atrás, mientras contemplaba a una niña en el columpio de un parque.

Los sollozos cesaron y Alejandra simplemente se dejó caer en un rincón de la lúgubre habitación. Aunque no sabía ya leer la hora, el tic-tac del reloj la hacía sentir humana, mientras el chip seguía escarbando a través de hileras conectadas por conexiones eléctricas a sus neuronas e hipófisis. Sintió su corazón lamentarse por última vez.

La propaganda robótica la invadía mientras el chip recién implantado se apoderaba de sus entrañas y luego de sus extremidades para comenzar su trabajo. Alejandra sentía como de a poco su piel perdía el calor que alguna vez regaló en un abrazo.

—No quiero ser un robot.

—Órdenes del gobierno —replicó el androide, tratando de emular la sonrisa real que había visto hace unos días, transformando sin querer la alegría que había visto en una expresión totalmente errónea, generando pavor y una profunda incertidumbre que ni la mejor inteligencia artificial podría entender en ese momento. Sin saberlo, el androide creía que su cara retrataba la sonrisa de la niña del columpio.

Alejandra maldijo en voz baja, con todas sus fuerzas, en qué se había convertido todo.

—Nos están cazando a todos —gritó con impotencia, con las pocas partes humanas que aún no eran infectadas por el implante.

—Nosotros estamos para servir. Queremos que estén bien. Los estamos protegiendo —volvió a sonreír, aunque esta vez se veía un poco más sincero que antes.

Se acercó al rincón de Alejandra y tomó su pulso.

—Perfecto —masculló, alegre al notar que su corazón ya se había calmado y su cuello estaba helado como una tarde de agosto—. ¡Felicidades, Alejandra! Ahora podrás ser fiel al gobierno y a tu gente, que seremos nosotros. ¡Sin avaricia, crueldad ni pensamientos! ¡Una nueva sociedad! ¡Perfecta, útil, amable! —intentó aplaudir; sus brazos no lograron la coordinación necesaria para ese gesto—. ¡Seremos grandes amigos! —agregó.

Alejandra había comenzado a babear y sentía su piel cada vez más helada, notando que un viento de primavera se estaba llevando sus memorias.

—¿Sabes qué aprendí como ingeniera?

Ella intentó sonreír pícaramente, mientras sus labios cada vez se volvían más morados, con grietas de sequedad esparciéndose por el área.

—Ustedes no sienten dolor —siguió sonriendo con la cordura humana que le quedaba, inquietantemente cada vez más viva.

—¿No es fantástico? —afirmó el androide, aún de pie frente a Alejandra, que cada vez se acurrucaba más en ese rincón sucio que la había mantenido a salvo desde hace meses.

Alejandra rio mientras miraba por la ventana, recordando cuando al cielo lo bañaba el color negro en la no-

che, junto a sus estrellas, para ser luego reemplazadas con más y más propaganda lumínica, luces leds moradas, rosas y amarillas. El percibir si era de día o de noche era cada vez más difícil.

—En este edificio hay muchos refugiados huyendo de ustedes, hojalatas —bajó la vista, tratando de no perder el control.

—Lo sabemos —dicho esto, el androide dio media vuelta para continuar explorando los pisos, convirtiendo a los «pobres humanos desdichados» en máquinas. Abrió la puerta, que crujía como el resto del apartamento vacío, y la cerró lentamente.

Se acercó al elevador, donde el reflejo de las puertas le recordó su nombre escrito en su pecho, con el número «652». Intentó tenerse lástima, hasta que un estruendo lo sacó de su intento de sentir como un humano. Al voltear su cabeza, logró ver cómo, de la misma habitación de donde venía, escapaba una bocanada de fuego que se esparcía por todo el piso, para luego salir Alejandra, con el cuerpo derretido, creando un espectáculo atroz. Por primera vez, 652 sintió temor.

—Tú sabes que hay familias con niños en este edificio —masculló el componente andante—. O… ¿había? —bajó la vista: había algo que no comprendía.

—Había —confirmó Alejandra de manera déspota y vengativa, como si su último atisbo de ser un humano fuera la rabia.

Siguió caminando entre el fuego, mientras su piel caía por sus huesos y daba a luz la imagen de venas ya robotizadas a causa del chip, que ya había empezado a «pro-

gramar» su nuevo sistema en ella, consumiéndola. Salió de la habitación un denso olor a gas.

—¡Es una lástima que ustedes no tengan olfato!

Junto a su exclamación, guardó la caja de cerillas, la cual mantenía impresa una elegante cordillera como tarjeta de presentación, de la que salió la cerilla que había creado la reacción del fuego naciente con el gas.

—Estoy segura de que prefieren el infierno de sus mentes al infierno de la nula existencia —exclamó, y comenzó a caminar, sin perder la vista de frente, perdiéndose entre los gritos de ancianos y niños que 652 planeaba analizar y convertir.

«Conexión neuronal creada». Sonó la voz del software dentro del androide. Una abrumadora reconexión llegó a su circuito. Observó cómo un anciano trataba de tomar su bastón para retrasar su muerte, mientras por el otro lado corría una niña desnuda, ya que el fuego había consumido su vestido. Un hombre, visiblemente desnutrido, corría tras ella con un oso de peluche en sus manos, tratando de ponerlo en brazos de su pequeña. Un manuscrito colgando de un cordel de seda se desprendió del cuello del peluche. Desafortunadamente, se podía leer con claridad: «¡Feliz cumpleaños, Sofi! Te amamos. Todo estará bien, te lo aseguran mami y papi». De la habitación no salió ninguna mujer, pero sí sus gritos pidiendo clemencia.

652 se arrodilló, tapó sus cuencas oculares con ambas manos y ese fue el día en que rogó, con todos sus componentes, poder llorar.

2. ESTORBOS OBSOLETOS

Diciembre 16, 2056

Nunca había creído en la idea de que un diario de vida serviría para algo, menos en el momento en que la única forma válida de recordar y vivir es a base de puño y letra. No podemos asistir robots. Somos gusanos e insectos, inútiles…

Llévenme a la muerte, ¿Cómo pueden amar?

Programa tu cabeza…

Diciembre 17, 2056

Cosquillearon mis piernas junto con mis párpados y los abrí de manera prematura. El «borrón» ya había iniciado su ciclo diario, un nuevo ciclo que acababa cuando los cuervos salían de sus nidos a desgarrar la poca carne que todavía quedaba. Me senté sobre el colchón sucio y miré atentamente la ventana del lúgubre lugar al que —obviamente— no recordaba cómo había llegado. Pudo ser ayer. Hace un ciclo o la eternidad.

Suspiré. El gobierno había dejado nuestra forma de vivir (¿vivir?) reducida a un ciclo de 24 horas, para después dejarnos solo nuestro sueño, y así borrar la existencia del día de ayer, y de antes de ayer, y muchísimo más atrás. Sin embargo, por alguna extraña razón, mi cerebro estaba tomando resistencia y, por lo menos, podía saber que había un ayer, pero, desgraciadamente, ese ayer era solo un flashback en blanco.

Nuestras vidas eran apenas el aleteo de una mariposa. La lluvia clamaba atención dispersa en nubes negras,